

“El Dios de nuestra fe no es un ser lejano”

Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos... Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero.

2 de septiembre

-Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es

nada y menos que nada, al lado de
¡este Dios mío! -¡tuyo!- tesoro
infinito, margarita preciosísima,
humillado, hecho esclavo,
anonadado con forma de siervo en el
portal donde quiso nacer, en el taller
de José, en la Pasión y en la muerte
ignominiosa... y en la locura de Amor
de la Sagrada Eucaristía. (Camino,
432)

Es preciso adorar devotamente a este
Dios escondido: es el mismo
Jesucristo que nació de María Virgen;
el mismo que padeció, que fue
inmolado en la Cruz; el mismo de
cuyo costado traspasado manó agua
y sangre.

Este es el sagrado convite, en el que
se recibe al mismo Cristo; se renueva
la memoria de la Pasión y, con Él, el
alma trata íntimamente a su Dios y
posee una prenda de la gloria futura.
La liturgia de la Iglesia ha resumido,
en breves estrofas, los capítulos

culminantes de la historia de ardiente caridad, que el Señor nos dispensa.

El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones. (*Es Cristo que pasa*, 84)